

CATALIN DORIAN FLORESCU

# ZAIRA

*Traducción:*  
ANA KOSUTIC



MAEVA

**Adelanto de edición.** © Ediciones Maeva

Este libro se encuentra en proceso de edición,  
puede contener erratas.

---

Galeradas promocionales.

MAEVA Ediciones es titular de todos los derechos de propiedad intelectual de estos archivos digitales. Todos los derechos están reservados y por tanto su contenido pertenece única y exclusivamente a MAEVA Ediciones. El acceso a este material no supondrá en forma alguna, licencia para su reproducción y/o distribución que, en todo caso, estará prohibida salvo previo y expreso consentimiento por escrito de MAEVA Ediciones. El usuario se compromete a usar estos archivos exclusivamente para uso personal.

**Adelanto de edición.** © Ediciones Maeva

PRIMERA PARTE

COMIENZA EL VERTIGINOSO VIAJE



# 1

**E**l primer viaje vertiginoso de mi vida fue el que hice a través de mi madre. Cuando me vio pegajosa y con el cráneo puntiagudo en los brazos de mi tía, gritó: «¡Pero la niña es horrible!». Mi tía la calmó, puso las manos sobre mi cabeza y la modeló con cuidado. Le pareció que lo había conseguido. A ella le debo que todos los hombres que llegué a conocer más tarde quisieran casarse enseguida conmigo. Quizá, con una cabeza en forma de huevo todo habría sido un poco más fácil. Yo sería ahora una solterona y estaría muy satisfecha de serlo. O estaría insatisfecha, aunque nunca lo confesaría.

Jamás habría dado un paso más allá del límite de nuestra finca, mi abuela no lo hizo y mi tía sólo una vez, cuando se fue a estudiar a Alemania. Yo habría envejecido junto a mi tía, hasta su muerte, y después me habría quedado completamente sola. Mi abuela murió cuando yo era pequeña todavía. Yo no habría estado sentada aquí ni tenido, como ahora, la vista clavada en aquella puerta de enfrente, a la que no llamo.

Todo se ha ido desmoronando en esta ciudad desde que la he abandonado. De la casa de al lado cae un ladrillo sobre el capó de un coche, suena como un disparo. El conductor mira incrédulo hacia arriba, se rasca la nuca y suelta una maldición. Hace treinta años que no había oído algo tan tajante. En Washington se insulta menos, allí se sonríe siempre con profunda ironía. Pero si en Washington hubiese caído un ladrillo del tejado del restaurante Chez-Odette, que he dirigido durante mucho tiempo, sobre el coche de uno de los abogados de la Casa Blanca, también él

habría parecido desmoralizado. Mas no hubiera sabido blasfemar como mis antiguos compatriotas.

Las palabras del conductor se multiplican rápidamente, pero soy feliz. Estoy en casa. Esto es también un estar en casa, como aquellas maldiciones que mi abuela había desterrado, primero de la finca, luego de todas nuestras propiedades. Hacía que el coche de caballos se detuviera en medio del pueblo y, pacientemente, trataba de convencer a uno de nuestros campesinos. Que no debía decir algo tan soez a plena luz del día, sino confiárselo a los sueños. Que cuando uno soñaba, hasta Dios cerraría un ojo. Uno no tenía la culpa si el diablo se colaba en sus sueños. Sin embargo, durante el día un campesino debía procurar ser una persona completa y no sólo un medio hombre. Nosotros decíamos entre susurros: «Ya está otra vez barriendo por mandato divino».

Un día, al preguntarle yo si por la noche Dios no cerraba los dos ojos, se oyó un estallido como el que acababa de producir el ladrillo sobre el coche. Repentinamente, sin rodeos y con vehemencia, voló una vigorosa bofetada. El sentido del humor de mi abuela terminaba allí donde empezaba Dios. Y como Dios empezaba en todas partes, hablar sobre su sentido del humor resultaba innecesario. Había quien decía que eso era así porque había sido vendida a mi abuelo. Y que no había vuelto a reír ni una sola vez desde que él se la había traído a casa.

Algunos parroquianos, a los que seguramente les parezco rara, dado que estoy sentada aquí desde hace una semana —con mi sombrero de ala ancha y calzado deportivo, como sólo visten los americanos cuando están de vacaciones—, se han puesto en pie e intervienen en la escena. Se escucha ahora una blasfemia polifónica, como en la ópera. Siento como si me crecieran muchas orejas, pues suena muy bien. El ruido sube por las paredes de las casas, recorre las calles veloz como un torrente. Los peatones se amontonan, la gente de otros coches asoma la cabeza, también se asoma gente desde casas tan miserables como aquella que ha decidido caerse a pedazos.

Si el jaleo aumenta, acaso también él abra la ventana, mire hacia abajo y me reconozca. O solamente vea a una anciana, a una mujer excéntrica, el sombrero y la punta de los zapatos. Entonces cerrará la ventana y pensará: Una vieja americana de

vacaciones. ¿Pero qué se le habrá perdido aquí? Nunca se le ocurriría que ella hubiese podido perderlo a «él».

Vista desde arriba tengo seguramente un aspecto divertido, un gran círculo —es el sombrero— y dos pequeños semicírculos —son los zapatos—. Washington, Robert y mi hija están muy lejos, eso es bueno. Cerca están aquella puerta, que he contemplado ayer y anteayer y todos los días de la última semana, y «él».

Rara vez he oído insultar con semejante talento. Y eso que aquí se improvisa tan bien como en la vida. Las mujeres sueltan las bolsas de la compra con lo que da de sí el magro monedero. Aquí se vive en la escasez, pero se vive. Los escolares aprenden con diligencia los insultos para más adelante, sólo les falta registrarlos por escrito y atesorarlos. Todos rodean el coche y menean la cabeza, porque piensan que pronto caerán ladrillos del cielo despejado sobre nuestras cabezas.

La gente consuela al conductor diciéndole que ha sido afortunado de recibir la abolladura sólo en el coche y no además en la cabeza. Lo alientan para que actúe judicialmente en contra de «ellos», pero no dicen contra quién. Es peor que en la feria, mas me tranquiliza y me distrae de aquello que no hago desde hace días, por más que me lo proponga cada mañana.

En el hotel, todos los días me observo detenidamente en el espejo, pese a que preferiría mirar hacia otra parte para no ver mi carne cansada. Me digo con firmeza: Hoy irás y llamarás a su puerta. Él abrirá y te mirará. Ya se verá qué pasa después. Nunca has sido cobarde, no empieces ahora con eso. Desayuno y estoy contenta, porque hoy es el día en que por fin lo haré. Salgo a la calle, pero con cada paso me tiemblan más las rodillas. Tanto, que apenas si consigo llegar hasta esta silla, donde permanezco sentada hasta la noche.

Y él sigue sin acercarse a la ventana, sin bajar para echar un vistazo a la vieja americana, así que sigo esperando aquí por los siglos de los siglos, o hasta que también a mí me caiga un ladrillo sobre la cabeza. Como si Dios hubiese oído mis pensamientos —pues él los oye de todos modos, como decía mi abuela, ya que nunca está del todo dormido—, decide rematar el alboroto. Un segundo ladrillo cae con un fuerte ¡zas! sobre el coche, y en vez de una abolladura ahora hay dos. El gentío

enmudece, perplejo, descubre, indiscreto, las frases de dos amantes: «Mi esposo no lo sabe». «Mi esposa no lo quiere saber.» Después siguen su camino, y atrás sólo queda el silencio.

**M**i madre montó un escándalo cuando nació. Gritó:

–¡Maldita sea! ¡Eso no es mi hija! –Para ser una hija de mi abuela, eso era excesivamente sacrílego.

–Pues ya has visto de dónde la he sacado –dijo airada mi tía.

–No he visto nada, no quiero ver semejante cosa.

–Pero lo has sentido –insistió mi tía.

Eso sucedió en 1928, cuando el tren acababa de entrar envuelto en una nube de vapor en la pequeña estación de provincia.

Mi madre siempre fue una mujer hermosa, aunque tan sólo ejerciese de madre de vez en cuando, más bien era una mujer extraña que aparecía por nuestra finca una o dos veces al año. Era tan pequeña que mi padre podía llevarla sentada en la palma de su mano, contaba él más tarde. Era tan delgada que casi había podido hacerla pasar por el anillo de boda. Mi padre exageraba en algunas ocasiones. La exageración es tan propia de los compatriotas de mi infancia como la misma blasfemia. Aunque lo que mejor les sienta es exagerar blasfemando.

Mi padre seguía diciéndolo incluso cuando mi madre era simplemente pequeña, pero ya no delgada. Ella se sentaba a su lado, aferrada a su brazo, como si, después de treinta años de matrimonio, él pudiera seguir escapándosele.

Si él se resistía y sonreía bonachonamente, ella le apretaba el brazo o le pellizcaba en la cadera.

–Dilo, por favor, quiero oírlo.

–Tu madre era tan delgada que podía escurrirse por la chimenea como Santa Claus.

–No es eso lo que yo quería oír –decía ella riendo mientras lo golpeaba con los puños en la espalda.

Mi padre, un espigado oficial de caballería, cuyo sable le llegaba a mi madre hasta justo debajo del pecho, se daba entonces por vencido:

–Tu madre era tan delgada, que pasaba a través de mi anillo de boda.

–Eso está mejor.



Tengo la sospecha de que mi padre y mi madre se amaron de verdad.

A mi tía Sofía, en cambio, el marido se le había escapado. Después de eso, se dedicó exclusivamente a hacer de partera para todos, también para mi madre. Lo que en realidad no es poco, ya que pueden dejarse huellas como aquellas de mi cráneo. De vez en cuando ejerzo presión con los dedos sobre mi cuero cabelludo y creo reconocer los lugares en donde redondeó mi cabeza. En aquel entonces, cuando regresó de Alemania como flamante abogada y embarazada de su marido, se la veía exuberante. El marido, sin embargo, había estado esperándola sólo porque la abuela, por mandato divino, había barrido regularmente su casa.

Poco antes de que Zizi, su hijo, llegase al mundo, ni siquiera Dios pudo ya retener al hombre. Nunca se lo volvió a ver. Mi tía, que se había acostado por la noche junto a él, se había despertado por la mañana sin nadie más a su lado. Desde entonces hablaba muy poco, aunque en el fondo no estaba triste. Sencillamente, no tenía nada más que decir.

De suerte que mi tía tampoco dijo nada el día de mi nacimiento, cuando mi madre la llamó para que le apretara el corsé, con el que pretendía durante su viaje en tren mostrar un buen tipo, en la medida de lo posible tratándose, de una mujer embarazada. Mi tía se detuvo en el umbral, se limpió las manos con el delantal, se dirigió hacia mi madre, cogió las cintas, apoyó un pie contra la pared –igual que solía hacer mi padre– y tiró. A mí, que estaba dentro de su cuerpo, nadie me preguntó si tenía algo que objetar.

A mi madre la última moda parisina le daba igual, ella seguía llevando un corsé, incluso cuando estaba embarazada. Mientras mi tía tiraba y jadeaba, mi madre jadeaba también y proclamaba: «Para ser bella, hay que sufrir. ¡Más fuerte!». Así que nos ciñeron a las dos, a mi madre y a mí. Pero yo decidí vengarme.

Las hermanas acabaron agotadas –una por tirar y la otra por contraerse–. Se miraron, no podrían haber sido más diferentes. Mi madre –la favorita de todos los hombres–, joven y lozana, aunque más redondeada de lo habitual, y mi tía Sofía, mucho mayor, vigorosa, los cabellos siempre recogidos en la nuca, con dos cráteres en lugar de ojos y las uñas sucias de cambiar las plantas de tiesto. Sólo por las noches, cuando se inclinaba sobre mi cama,

llevaba el pelo suelto. Dejaba caer entonces un mar de cabellos sobre mí. Cuando, muchos años más tarde, los comunistas nos quitaron todo, bueyes, caballos, tierras y campesinos, Zizi decía que tía Sofía habría podido arrastrar nuestro coche sólo con sus cabellos.

Cuando mi madre estuvo por fin bien ceñida, exhortó a su hermana a que se lavara y vistiera. No quería que Misa, el cochero, se quedara solo en la estación tras su partida. Aunque él se despidiera durante largo rato agitando el sombrero, luego era la botella la que lo agitaba a él. Después los caballos irían despistados de un pueblo a otro y pisotearían los campos labrados. Misa, mientras tanto, dormiría plácidamente en el coche, o allí donde hubiera acabado por caer.

Durante semanas se convertiría en un ser insoportable y se lamentaría a todas horas de que Dios le hubiese puesto la botella en la mano y él se la hubiera llevado a la boca. Mi abuela volvería a pasar la escoba: «No ha sido Dios, ha sido el otro». Se negaba a pronunciar el nombre demoníaco del otro.

Mi abuela esperaba a las dos hermanas abajo, en la enorme, fría sala de estar con las alfombras persas, los muebles italianos y los cuadros. Allí estaban los libros de Víctor Hugo, Balzac y muchos otros. Había cristal de Bohemia y un servicio de porcelana francesa para veinte personas, un baúl inglés, sobre el que se leía «Mayflower», y un reloj de cuco sin cuco. Un día había llegado su hora, cuando mi madre –todavía una niña– decidió liberarlo. Cuando dio la hora entera y el cuco salió sin sospechar nada, mi madre lo arrancó. Nadie se dio cuenta, tan acostumbrados estaban a que el cuco diera la hora exacta por encima de sus cabezas.

De la pared colgaba un Velázquez, que mi abuela había recibido de su padre tras haber sido vendida a mi abuelo. «Ahora quiere volver a comprar mi cariño», había mascullado ella. Jamás le dio las gracias, pero colgó el cuadro.

El abuelo Nicolae había viajado siempre a lo grande cuando salía a vender su ganado y sus mercancías por toda Europa. Viajaba en su propio tren, se sentaba en el primer vagón, de madera de caoba, y fumaba su puro. En el resto de vagones los animales esperaban pacientemente, el trigo se apilaba a gran altura, el vino se conservaba en lugar fresco. El tren se encaramaba a los Alpes

y descendía por la llanura del río Po, entraba en la Selva Negra y salía otra vez hacia Francia. Mi abuelo se acariciaba satisfecho la barba, y las vacas mugían. Después, cuando regresaba a casa con el tren vacío, se acariciaba la barba con más vehemencia todavía por los billetes que llenaban su caja fuerte. Borgoña, Basilea, Innsbruck, Múnich, Ravena, Bolonia pasaban por delante de su ventanilla, los Vosgos, los Pirineos, Barcelona, y también campos llenos de grano y animales, a los que examinaba velozmente para comprobar si podían rivalizar con su grano y su ganado.

De cada lugar en el que repostaba —pueblos con mercados de grano y de ganado—, o de donde vivían sus socios, traía alguna cosa. De uno de sus primeros viajes había traído también a mi abuela a casa. Ocurrió cuando su padre lo llevó —por aquel entonces era todavía un muchacho— consigo a Cataluña. Atravesaron Europa de arriba abajo; en Belgrado su padre tuvo que sacar su monedero para calmar a los funcionarios imperiales. Los italianos querían contar los animales uno a uno, de modo que hubo que descargarlos a todos. Los franceses les regalaron pan y queso de la mesa de la aduana, donde se recuperaban del calor con las camisas y los pantalones desabotonados. Se detenían dondequiera que encontraran agua y alimento para los animales.

Llegaron cansados a tierras catalanas, dejaron todo en aquella estación bajo vigilancia nocturna y salieron de la ciudad en dirección a la casa del amigo catalán de mi bisabuelo. Allí se lavaron, comieron y durmieron. Al día siguiente, volvieron a comer y siguieron durmiendo. Tenían media Europa metida en los huesos. Mi abuelo no se percató hasta el tercer día de que allí había algo especialmente interesante. Algo por lo que valía la pena despertarse de verdad. Ese algo era mi abuela.

Siempre que salía de su habitación, la veía. Ella ayudaba algunas veces en la cocina, otras en el jardín, otras en el establo. Una catalana pequeña, morena y vivaracha, con unos ojos y unas comisuras de los labios que, o bien por curiosidad, o bien por hilaridad, nunca estaban quietos. Era demasiado limpia para ser una campesina. Demasiado escandalosa e impertinente para ser una criada. Cuando finalmente estuvo despierto, se percató todavía de más cosas atractivas: la boca delicada y carnosa, los hombros redondeados, el talle ligeramente macizo, los tobillos finos. Todo a su gusto.

Cuando su padre y él comenzaron a negociar con los catalanes, la joven se sentó junto a ellos.

–Mi hija –dijo el hombre.

–La quiero –le musitó al oído mi abuelo a su padre.

Transcurrió un tiempo hasta que pudo serenarse. No había sido un buen día para regatear, y sin embargo más tarde, durante el viaje de regreso, se acarició la barba con la misma frecuencia de siempre. No por la caja fuerte semivacía, sino porque su hijo había hecho una buena captura. Lo que reclinaba la cabeza contra la ventanilla del tren era muy prometedor.

Al catalán le habían brillado los ojos al calcular su beneficio. Jamás había visto al amigo rumano tan poco hábil y despistado. Tan flexible. Su mirada no había dejado de vagar entre él y su hija. Esa noche se enteró también del porqué de todo eso.

–Mi hijo desea casarse con tu hija –le anunció mi bisabuelo a la hora del coñac.

–Es mi única hija. Imposible.

–Obtendrás de mí todo el dinero que desees.

–Tiene sólo quince años.

–No tengo nada que objetar.

–No sabe nada sobre el mundo.

–Ya va siendo hora de que sepa algo.

–La aprecio mucho.

–Ponla sobre la balanza. Te daré su peso en oro.

La cena transcurrió en silencio, el catalán examinaba alternativamente a los dos rumanos. Hasta muy entrada la noche, mi abuelo oyó pasos en la habitación de al lado. Al día siguiente se registró el peso de la joven.

Después, en el tren, mi abuela se fue encerrando, kilómetro a kilómetro, cada vez más en sí misma. Como una fruta que maduraba y languidecía. Cuando llegaron a casa, mi abuelo le dijo:

–Este es ahora tu hogar. Estás en casa. Eres parte de ella. –Luego dijo refiriéndose ya al resto de cosas–: Esto va allá, esto viene aquí. –Habló del arcón inglés, el reloj de cuco, el Velázquez. Pero de eso hace ya mucho tiempo.

**M**i abuela hojeó impaciente un libro hasta que por fin bajaron mi madre y tía Sofia. Mi tía se sentó, pero mi madre permaneció

de pie, ya que para ser bello hay que sufrir, como siempre decía. En el caso de mi madre el sufrimiento llegaba justo hasta debajo del pecho, era de cuero y estaba lleno de cintas que había que atravesar por los ojales, veinte veces de cada lado. Sintió un tirón en la matriz, pero era todavía poco importante. Una criada fue a buscar a Misa.

—Dos meses más —susurró mi abuela con su acento catalán. Las hermanas asintieron con la cabeza, conocían el cuchicheo de mi abuela. Si hubiese gritado, no lo habrían oído con mayor claridad.

—Debes cuidarte en la ciudad. Sé que esperas ansiosamente las noches de baile. Sólo confío en que tu marido sea más sensato, de lo contrario tendremos un parto prematuro —las hermanas asintieron con la cabeza—. Cabría pensar que solamente las mujeres mueren al parir, pero no sus maridos. Sin embargo, tú apenas habías nacido cuando murió vuestro padre —dijo mirando a mi madre—. Se cayó del caballo sin más, cuando descargaban los toneles de vino. ¿Se ha visto alguna vez algo parecido? —Mi madre asintió apenada con la cabeza.

Mi primo Zizi entró con las botas recién calzadas, peinado y lavado.

—Misa está borracho, con él llegaréis a alguna parte, pero no a la estación. Yo os llevo —dijo él.

—Tú no llevarás el coche. Conduces demasiado rápido, metes prisa a los caballos.

—Yo conduzco. ¿Cuántos caballos?

—Llevamos retraso. ¡Cuatro! —gritó mi madre.

—Dos —ordenó mi abuela—. A una embarazada no se la pone en un coche tirado por cuatro caballos. —Mi abuela creía que así mi madre estaría a salvo, pero no contaba conmigo.

El coche pasó por la avenida de los plátanos, dejando atrás el estanque de peces y el bosque de frutales. Giró por el accidentado, pedregoso camino que conducía cuesta abajo hacia el pueblo y terminaba en la menos escabrosa calle principal, que partía en dos la vasta finca y no acababa hasta Turnu Severin, donde se alzaba la estación de ferrocarril provincial, que sólo cobraba vida una vez al día: cuando el tren que iba a la capital se detenía allí.

Mi abuela se quedó en la galería de su casa blanca, a la sombra de los tres tilos que ya estaban allí cuando ella, casi marchita,

fue traída de la mano por mi abuelo. Y seguirían estando allí cuando ella, ya completamente marchita y con los pies por delante, abandonara definitivamente la casa. En la finca, las criadas desplumaban gallinas bulliciosamente, mientras Zsuzsa, la cocinera, llevaba los desechos al establo. Misa regresó con su ajado sombrero en la mano, para lamentarse de que Dios le hubiese puesto la botella en la mano. Mi abuela olvidó barrer, estaba preocupada por su hija menor.

En ese momento yo entré en juego. Pataleé contra la pared abdominal de mi madre, oí a lo lejos un sordo «¡Ay!». Con voz sorda alguien preguntó:

–¿Qué pasa?

Y con voz sorda alguien respondió:

–Tengo dolores.

Con voz sorda alguien ordenó:

–¡Disminuye la velocidad, tu tía tiene dolores!

Y Zizi preguntó:

–¿Contracciones?.

Me gustaba el efecto que producía yo en el mundo, volví a patalear para que pudieran decidirse por una u otra cosa.

–Contracciones –dijeron con voz sorda–. A toda prisa, de lo contrario el niño nacerá dentro del coche.

–Ya decía yo que necesitábamos cuatro caballos –oí quejarse a mi madre.

Aceleramos y las sacudidas se hicieron más violentas. Como eso no me gustaba, seguí pataleando. Como a mi madre eso no le gustaba, gimió con más fuerza. Mi tía exclamó:

–¡Respira por la nariz!

Y mi madre respondió:

–Si ni siquiera puedo respirar por la boca. Este corsé me está matando.

–¿Cómo va la cosa? –gritó Zizi–. ¿Todavía nada?

Mi tía respondió:

–Puedes estar contento, ya estamos llegando a la estación.

–¿Y dónde se supone que pariré en la estación? –preguntó mi madre.

Durante un momento no se oyó nada, solamente el rechinar de las ruedas.

–¡En la sala de espera! –gritó Zizi desde el pescante.

Hasta la estación tosieron alternativamente los tres, debido al denso polvo que levantábamos. Luego todo se paralizó, yo hice una pausa y agucé los oídos. Nos alzaron a mi madre y a mí, Zizi gritó: «¡Apartaos!», otra voz masculina ordenó: «¡Desalojad la sala de espera!». Entonces comenzó un murmullo. Alguien le dijo a una mujer: «Pon el saco de patatas sobre mis espaldas. Hemos de hacer sitio a la joven ama». Ella respondió: «¡Que las señorías no puedan parir en su casa! ¡Ni siquiera hay aquí sitio para nosotros!».

Un chico preguntó a su madre por qué acostaban a esa señora sobre la mesa de la sala de espera. «Porque va a tener un niño. ¿Y hay que acostarse para eso?» «Hay que acostarse hacerlo, y también para parirlo», respondió riendo una voz masculina. «Parece mentira, hablar así delante del niño.» Oí el nombre del chico: Paul. «Pero Paul debe saber que uno ha de acostar lo que ama.» La mujer replicó algo, pero las voces se perdieron en el alboroto general.

Una voz, a la que llamaron «jefe de estación», exhortó a todos a darse prisa. Mi tía Sofía pidió entonces paños limpios y alguien salió corriendo a buscarlos por el vecindario. Paulatinamente se fue haciendo el silencio, y cuando llegaron el agua y los paños nos quedamos nosotros cuatro completamente solos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó mi tía.

—Tú me ayudas a parir al niño.

—¡Pero yo soy abogada!

—Tú has parido a Zizi, sabrás cómo hacerlo.

Permanecieron en silencio, mi tía pensaba que moriría. Mi madre también pensaba que moriría. Tan sólo Zizi vacilaba sobre lo que sucedería con él, y miraba desconcertado primero a una, después a la otra.

—Zizi, ayúdame a ponerla de lado. Luego abriré el corsé.

Nos pusieron de lado, a mi madre y a mí, entonces algo sucedió de golpe. Sobresaltada, dejé otra vez de patalear. La barriga de mi madre se ensanchaba.

—Zizi, ahora ve fuera con los demás.

—¡Pero madre!

—¡Zizi!

Escuché las botas de cuero de Zizi, y como es probable que ya en aquel entonces amara yo a mi primo y no me gustara la orden de mi tía, seguí pataleando.